

Manuel de la Fuente/ "El Presidente Herrera Campíns: La Paz Paz es ansiada en este mundo convulsionado por el odio y el rencor" Anónimo. Fuente Desconocida, 1983. (sp)

El presidente Herrera Campíns

La Paz es ansiada en este mundo convulsionado por el odio y el rencor

El Jefe del Estado, Luis Herrera Campíns, afirmó ayer en Trujillo, al inaugurar el Monumento a la Paz, que este es un centro de plegarias, como ha dicho Su Santidad, Juan Pablo II, para el alma creyente y una convergencia en la solidaridad para las personas de todos los credos y de todas las ideologías

Después fue pensar que un arquitecto, venezolano, nacido en otras latitudes, Manuel de La Fuente, que ya se había hecho notar por la elevada calidad de sus creaciones artísticas —la última, el hermoso Cenotafio marmóreo de don Andrés Bello en el Panteón Nacional de Caracas—, se interesara por una obra de tales naturaleza y proyección. El artista, escéptico y casi indolente al principio, se sintió de pronto atraído por la idea de este homenaje a la Paz, y comenzó a diseñar esta impresionante escultura que estamos inaugurando y que ha recibido la bendición de Su Eminencia el Cardinal José Ali Lebrún. Lo demás fue escoger un equipo entusiasta y capaz que pusiera al servicio de su imaginación creadora la acumulada experiencia y el vasto conocimiento científico. Y después de dieciséis meses, surgió este portentoso que admiramos: el Monumento más alto que a la Paz se haya erigido en el mundo; el Monumento Mariano más alto del Universo; el segundo Monumento en altura del Continente Americano y el Monumento más alto de la América Latina.

Trujillo ha ofrecido, junto con el trabajo de sus hijos y la malquerencia de algunos que no podían faltar, su monte y su cielo para que destaquen la belleza de esta figura moderna, estilizada, alargada en ímpetu de cielo, que se juveniliza en la distancia y, con ella, suaviza sus rasgos casi hasta la fragilidad.

Ya el pueblo, con esa sutil observación, comenta que muchas veces la Virgen toma su pañuelo de nubes para cubrirse la cara y el regazo. Aquí está, en su esbeltez, recostada contra el firmamento, verdad y símbolo, presta a recibir el elogio de don Francisco de Quevedo y Villegas: "es tan noble y tan ilustre la paz, que tiene por solar el cielo".

En la mano derecha, posa el bíblico símbolo de la paz: la paloma, casi en trance de volar. De añeja data religiosa es el símbolo ahora humanizado de la paz. Tan vieja como el diluvio, cuando las aguas cayeron y crecieron por espacio de cuarenta días sobre la tierra. Entonces murió todo ser vivo, con excepción de las parejas que Yahvé había mandado a meter en el Arca de Noé, para conservar las especies.

Dice la Biblia que, al cabo de los cuarenta días, Noé abrió la ventana del Arca y soltó al cuervo, que yendo y viniendo, volaba en círculos sobre las aguas hasta que se evaporaron. Después soltó a la paloma, la cual no encontrando dónde posarse volvió al Arca, pues, todo estaba cubierto por el alto nivel de las aguas. Noé alargó la mano, tomó la paloma y la hizo entrar en el Arca. Siete días más tarde la soltó de nuevo y, con el atardecer, la paloma volvió, trayendo en su pico una rama verde de olivo. Así Noé se dio cuenta del descenso de las aguas en la

superficie de la tierra. Siete días más tarde volvió a soltar la paloma, que ya no volvió más al Arca de la salvación, porque la superficie del suelo estaba seca y podía vivir sin riesgos.

Y del Antiguo vuela al Nuevo Testamento el concepto de la paz, cada vez más exaltado. Cuando nace Cristo, según lo refiere San Lucas, había en la región pastores que vivían en el campo y que velaban, turnándose durante las noches, para cuidar el rebaño. A ellos se les aparece, envuelto en la luminosidad de la gloria divina, el ángel del Señor, que calmó sus temores, mientras aparecían otros ángeles florecidos de voces armoniosas y retumbaban en todas partes los coros de alabanza: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". La paz es, por tanto, la primera gran consigna con que nace el mundo cristiano, y su sino será históricamente el no haber podido alcanzar de modo perdurable la paz, cuyo principal enemigo es el "frío egoísmo", según lo dijo también un autor del siglo XIX:

"Quimera que el egoísmo del hombre realizar quiere, sin mirar que nace y muere en guerra consigo mismo"

Esta ciudad nació bajo la advocación de la Virgen de la Paz. Está, desde el principio, consagrada a María, zumo de amor, remanso feliz, floración de dulzura. La paz es el amor convertido en el hábitat espiritual del hombre. La paz es la solidaridad en activa función de acercamiento y comprensión. La paz es la metáfora de amor con la que sueña la imaginación. Paz y amor se confunden, se enlazan, se necesitan. Amor y María se funden en una unidad vivificante. Amor es lo que María encarna, entrega y multiplica. María es el Amor que se sublima, vuelto inmaculada excelstitud. María y Paz son sinónimos. María, que arde de amor por la paz, como una llama inapagable. La Paz, que alumbrada y se aposenta en el alma de María, y le da luz, a su sonrisa, serenidad a su ánimo, candor a su mirada maternal, frescura maternal a su voz.

Ya lo cantó en poema inolvidable el gran Francisco Luis Bernárdez:

"Si el mar que por el mundo se derrama tuviese tanto amor como agua fría, se llamaría por amor, María, y no tan solo mar como se llama."

Para añadir luego la verdad de que: **"Si la llama que el viento desparrama, por amor se quemara noche y día, esta llama de amor se llamaría María, simplemente, en vez de llama."**

Sin que haya estado en la intención expresa, este Monumento cierra una parábola del Trujillo histórico. Trujillo fue, en la hora ardorosa de la cólera indenen-

dentista de Simón Bolívar, la ciudad del terrible Decreto de Guerra a Muerte, al que ya se había adelantado uno de sus hijos: Antonio Nicolás Briceño.

Trujillo fue la tierra del Armisticio y de la Regularización de la Guerra, y juntos el criollo Bolívar y el español Pablo Morillo pusieron la primera piedra del Monumento de la Reconciliación en Santa Ana. El paso de hoy es la culminación: Trujillo es ahora, con su egregio Monumento, la ciudad de la Paz.

Quedan así inmersos en el pasado los vientos esquilanos de la discordia incivil hacia los sosegados trajines creadores de la cultura, la agricultura, la industria y el comercio, favorecidos por la realidad universitaria aquí existente.

Este es el Monumento a la Paz, un centro de plegarias —como ha dicho Su Santidad Juan Pablo II— para el alma creyente y una convergencia en la solidaridad para las personas de todos los credos y de todas las ideologías. Lo inauguramos cuando sacude al mundo la amenaza de la guerra. Cuando en nuestra propia geografía americana deambulan los gérmenes de conflictos que no deseamos se presenten y a los cuales no podríamos medir su intensidad y su expansión. El hombre pide paz para crear, para trabajar, para amar, en suma, para vivir. El odio le ha encallecido el corazón y el rencor pretende insensibilizarle el espíritu y lanzarlo a la confrontación bélica. Se alza este Monumento a la Paz en tiempos en los que el hombre desarrolla, con base en su poder de creación casi divino, un infinito poder de destrucción, casi infernal.

Queremos gritar desde aquí que estamos cansados de la prédica de las interperancias y de la multiplicación de los rencores, desconfianzas y recelos. Que deseamos encontrar en todos los espíritus la almendra de la bondad para acrecentarla, repartiéndola, y para sembrarla como una promesa de armonía y de elevación en el corazón de los hombres. Que arde en nosotros la esperanza de ser gente cabal en la dignidad del trabajo, del esfuerzo y del amor, para ganar en paz el pan y para compartir en paz la libertad.

Como una voz que en torno suyo nos congrega, como un propósito de entendimiento que alrededor suyo nos convoca, como una esperanza que nos invita a vivirla en plenitud gozosa, como un acto de fe en la persona y en el amor, se alza hacia el limpio cielo de las infinitas posibilidades trascendentes del espíritu este Monumento a la Paz, en la Peña de la Virgen, en el corazón emocionado de Trujillo, en este Año Bicentenario del Nacimiento de Simón Bolívar, el Libertador.